

FREDRIC BROWN  
**PARADOJA PERDIDA**

SUPER  
FACTORY



Trece son los cuentos que componen esta recopilación, la octava del autor, acerca de temas diversos como el contacto con nuevas razas extraterrestres o como las paradojas temporales.

RELATOS QUE CONTIENE:

Paradoja Perdida (Paradox Lost, 1943)

Teatro de Títeres (Puppet Show, 1962)

El Último Tren (The Last Train, 1950)

No Sucedió (It Didn't Happen, 1963)

Llamada (Knock, 1948)

Obediencia (The un dying Ones (Obedience), 1950)

El Comisionista (Tale of the Flesh Monger (Ten Percenter), 1963)

Elurofobia (Cattin' on the Couch (Aelurophobe), 1962)

Eine Kleine Nachtmusik (Eine Kleine Nachtmusik, con Carl Onspaugh, 1965)

Sirio Nada (Nothing Sirius, 1944)

El Nuevo (The New One, 1942)

La Doble Moral (Double Standard, 1963)

Algo Verde (Something Green, 1951)

## INTRODUCCIÓN

Fred odiaba escribir. Pero adoraba haber escrito. Hacía todo lo que se le ocurría para postergar el momento de sentarse ante la máquina de escribir: le quitaba el polvo al escritorio, tocaba la flauta, leía un rato, tocaba un poco más la flauta. Si vivíamos en un pueblo en el que la correspondencia no se repartía, iba a buscarla al correo y después encontraba a alguien con quien jugar una —o dos o tres— partidas de ajedrez o de naipes. Cuando regresaba a casa, pensaba que era demasiado tarde para empezar.

Después de hacer lo mismo durante varios días, empezaba a remorderle la conciencia y se sentaba realmente ante la máquina de escribir. Podía escribir una o dos líneas, o algunas páginas. Pero los libros acababan por escribirse.

No fue un escritor prolífico. Su promedio diario era de tres páginas. A veces, si un libro parecía escribirse a sí mismo, escribía seis o siete páginas diarias, pero eso era algo excepcional.

Fred caminaba de una habitación a otra cuando urdía el argumento. Puesto que los dos estábamos en casa buena parte del tiempo, tuvimos el problema de que yo le hablaba mientras caminaba, y así interrumpía el hilo de sus pensamientos. No le gustaba.

Después de probar varias soluciones que no dieron resultado, le aconsejé que se pusiera su gorra de algodón rojo cuando no quería ser molestado. Poco después, le miraba automáticamente la cabeza antes de abrir la boca.

Después de terminar un libro, generalmente hacíamos un viaje y el tiempo de nuestra estancia dependía de nues-

tras circunstancias.

Llegaba un momento en que Fred se atascaba cuando imaginaba un argumento. A pesar de sus caminatas, no llegaba a ningún sitio. Recuerdo que cuando escribía uno de sus primeros libros le ocurrió algo semejante y pensó que tal vez un, viaje, por la noche y en autobús, podría ayudarle. No era persona que se acostara temprano y pensó que, después de que apagaran las luces del autobús y todo estuviera en silencio, quizá podría concentrarse mejor. Se llevó un lápiz linterna y un bloc. Estuvo afuera unos días y, cuando regresó, había resuelto el argumento.

Hizo muchos más viajes de ese tipo. Y yo siempre adivinaba cuando estaba a punto de declarar que se iba. No siempre había resuelto el argumento cuando volvía a casa pero, en tal caso, había resuelto el argumento para su libro siguiente.

La gran decisión de la carrera de Fred fue dejar su trabajo de corrección de pruebas para dedicarse totalmente a escribir. Pero su momento más feliz y estimulante fue cuando ganó el Premio Edgar Allan Poe para Escritores de Obras de Misterio de Estados Unidos por el mejor libro de misterio, con su *The Fabulous Clipjoint*; nunca volvió a sentir lo mismo por ninguna de las obras que escribió desde entonces. Fue su nacimiento como novelista. Es natural que algunos de sus libros le gustaran más que otros, pero *The Fabulous Clipjoint* fue el primogénito y siempre tuvo debilidad por él.

Hasta que tuvo varias obras publicadas, siguió escribiendo cuentos entre una y otra a fin de tener un soporte en el que apoyarse durante el tiempo que llevaba escribir un libro.

Más tarde escribía un cuento o un corto bosquejo literario sólo cuando tenía uno que sabía debía escribir.

Durante muchos años había deseado escribir *The Office*, pero sería un nuevo campo para él pues se trataría de una novela pura. Sabía que sus obras de misterio y ciencia

ficción se vendían, pero ignoraba qué ocurriría con una novela pura de alguien nuevo en ese campo. Todavía no podía permitirse el lujo de escribir una obra que tal vez no se vendiera. Pero finalmente la escribió. Y se vendió.

Durante un tiempo intentó escribir para la televisión, pero llegó a la conclusión de que no era para él y volvió a escribir libros. Ha publicado algunos cientos de cuentos y veintiocho novelas; ésta es su octava colección.

Aunque todas las obras de Fred me han gustado, mi preferida de siempre es *The Screaming Mimi*. Otras que me agradan especialmente son *Here Comes a Candle*, *The Lenient Beast*, *The far Cry*, *His Name Was Death* y *Night of the Jabberwock*.

No soy realmente admiradora de la ciencia ficción porque, en mi opinión, la mayoría de las novelas de ciencia ficción son demasiado técnicas. Pero las de Fred me resultaron muy amenas. En este grupo, mis preferidas son *The Lights in the Sky Are Stars* y *The Mind Thing*. *What Mad Universe* es casi un clásico y una de mis favoritas.

Para mí, sus colecciones son deliciosas. Siento especial afecto por ésta porque se trata de su último trabajo concluido. Y como es su despedida de los lectores, espero que también les guste.

ELIZABETH BROWN

## PARADOJA PERDIDA

De algún modo, un moscón había atravesado la persiana y zumbaba trazando monótonos círculos cerca del techo del aula. Incluso mientras el profesor Dolohan trazaba monótonos círculos de lógica frente a la clase. El Bajito McCabe, sentado en la fila del fondo, miraba a uno y a otro y finalmente llegó a la conclusión de que el moscón era el más interesante de los dos.

—El absoluto negativo —explicaba el profesor— no es, por así decirlo, absolutamente negativo. Esto sólo es aparentemente contradictorio. Si se invierte el orden, las dos palabras adquieren nuevas connotaciones. Por lo tanto... — El Bajito McCabe suspiró imperceptiblemente, miró al moscón y deseó poder volar en círculos semejantes y emitir un zumbido tan gratificante para el alma. En tamaños y decibeles comparados, un moscón hacía más ruido que un avión.

Hacía más ruido, en relación con el tamaño, que una sierra circular. ¿Una sierra circular aserraría metal? Di, una sierra. Entonces uno podía decir que vio una sierra circular aserrar una sierra. O cargarse el circular para que sonara mejor: vi una sierra aserrar una sierra. O, mejor aún: Serra vio una sierra aserrar una sierra.

—Uno podría pensar en un absoluto como una forma de ser... —seguía diciendo el profesor.

Sí, pensó el Bajito McCabe, uno puede pensar en una cosa como en cualquier otra y no consigue nada, excepto un fuerte dolor de cabeza. De todos modos, el moscardón se hacía más y más interesante. Ahora volaba hacia abajo,

hacia el frente del aula, y tal vez se posara en la cabeza del profesor Dolohan. Y quizá zumbara.

No zumbó, pero se posó fuera de su vista, detrás del escritorio del profesor. Sin el moscón para entretenerle, el Bajito miró a su alrededor en busca de otra cosa para mirar o pensar. Sólo las nuca; estaba solo en la fila del fondo y... bueno, podía concentrarse en cómo crecía el vello en la nuca de las personas, pero le pareció un tema relativamente fascinante.

Se preguntó cuántos de los estudiantes que tenía delante estaban dormidos y calculó que la mitad; deseó dormirse, pero no podría hacerlo. Había cometido el estúpido error de acostarse temprano la noche anterior y, en consecuencia, ahora estaba totalmente despierto y aburrido.

—Pero si hacemos caso omiso de la contravención de la probabilidad que surge de la afirmación de que el absoluto positivo es menos que absolutamente positivo —decía el profesor Dolohan—, nos vemos conducidos a... ¡Hurra! El moscón estaba de regreso y salía de su escondite transitorio en la parte de atrás del escritorio. Voló zumbando hasta el techo, se detuvo allí un instante para acomodarse las alas y luego bajó, esta vez hacia la parte trasera del aula.

Si mantenía ese camino en espiral, pasaría a dos centímetros de la nariz del Bajito. Así fue. Él se puso bizco al observarlo y volvió la cabeza para no perderlo de vista. Pasó volando a su lado y...

Simplemente ya no estaba allí. En un punto, aproximadamente a treinta centímetros a la izquierda del Bajito McCabe, súbitamente había dejado de volar y de zumbar y no estaba allí. No había muerto ni se había caído en el pasillo. Simplemente había...

Desaparecido. En el aire, a un metro veinte del suelo del pasillo; simplemente había dejado de estar allí. El sonido que había producido pareció cesar en mitad del zumbido y en el repentino silencio la voz del profesor sonó más alta, si no más extraña.

—Al crear, mediante un supuesto contrario a la realidad, creamos un conjunto pseudoreal de axiomas que son, en cierta medida, la inversión de...

El Bajito McCabe, con la vista fija en el punto en el que el moscón se había desvanecido, exclamó:

—¡Caray!

—¿Cómo dice?

—Lo siento, profesor. No he dicho nada —respondió el Bajito—. Sólo... carraspeé.

—Mediante la inversión de... ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Creamos una base axiomática de pseudológica que proporcionaría soluciones distintas a todos los problemas. Quiero decir...

Al ver que el profesor había dejado de mirarle, el Bajito volvió otra vez la cabeza para observar el punto en el que el moscón había dejado de volar. ¿Quizás había dejado de ser un moscón? Tonterías; debió de ser una ilusión óptica. Los moscones volaban bastante de prisa. Si súbitamente lo había perdido de vista...

Miró por el rabillo del ojo al profesor Dolohan y se cercioró de que éste estaba atento a otra cosa. Después el Bajito estiró a modo de prueba una mano hacia el punto, o el punto aproximado, en el que había visto desaparecer al moscón.

No sabía qué esperaba encontrar allí, pero no sintió nada. Bueno, eso era bastante lógico. Si el moscón había volado hacia la nada y él se estiró y no sintió nada, eso no demostraba nada. Pero, de algún modo, estaba ligeramente decepcionado. Ignoraba qué esperaba encontrar; tocar el moscón que no estaba allí, toparse con un obstáculo sólido pero invisible, o cualquier otra cosa. Pero, ¿qué se había hecho del moscón?

El Bajito apoyó las manos en el pupitre y, durante un minuto, intentó olvidar el moscón prestando atención al profesor. Pero eso era peor que hacerse preguntas sobre el moscón.

Se preguntó por milésima vez cómo había sido tan tonto de inscribirse en esa clase 2B de lógica. Jamás aprobaría el examen. Y, de todos modos, se especializaría en paleontología. Le gustaba la paleontología; un dinosaurio era algo en lo que podías hincar el diente, por así decirlo. Pero la lógica, ¡puaj; 2B o no 2B. Y prefería estudiar los fósiles que escuchar a uno de ellos.

Miró casualmente sus manos apoyadas en el pupitre.

—¡Caray! —murmuró.

—¿Si, señor McCabe? —preguntó el profesor.

El Bajito no respondió; no podía. Miraba su mano izquierda. No tenía dedos. Cerró los ojos.

El profesor sonrió profesoralmente.

—Creo que nuestro joven amigo del asiento del fondo se ha... bueno... dormido. ¿Alguien tendría la amabilidad de...?

El Bajito dejó caer rápidamente las manos sobre el regazo y dijo:

—Es... estoy bien, profesor. Lo siento. ¿Ha dicho algo?

—¿Usted no?

El Bajito tragó saliva.

—Yo... supongo que no.

—Estábamos analizando —agregó el profesor, afortunadamente para toda la clase y no para el Bajito individualmente la posibilidad de lo que uno podría considerar lo imposible.

No se trata de una contradicción, ya que uno debe distinguir cuidadosamente entre imposible y no posible. Lo último...

El Bajito volvió a apoyar subrepticamente las manos sobre el pupitre y las miró. La mano derecha estaba perfecta. La izquierda... Cerró los ojos y volvió a abrirlos, pero todavía faltaban todos los dedos de su mano izquierda. No sentía que faltaran. A modo de prueba, ejercitó los músculos que debían moverlos y sintió que respondían.

Pero no estaban allí, al menos hasta donde veían sus ojos. Se estiró, los buscó con la mano derecha... y no los sintió. Su mano derecha atravesó el espacio que los dedos de su mano izquierda debían ocupar y no sintió nada. Pero podía mover los dedos de la mano izquierda. Y lo hizo.

Todo era muy confuso.

Entonces recordó que ésa era la mano que había utilizado para estirarse hacia el sitio donde el moscón había desaparecido. En ese momento, como si confirmara sus sospechas repentinas, sintió un ligero roce en uno de los dedos que no estaban allí. Un ligero roce y algo liviano que reptaba por su dedo. Algo del mismo peso aproximado que un moscón. Después el roce desapareció, como si hubiese emprendido nuevamente el vuelo.

El Bajito se mordió los labios para no gritar de nuevo. Empezaba a asustarse. ¿Se estaba volviendo loco? ¿O el profesor tenía razón y, al fin y al cabo, se había dormido? ¿Cómo podía averiguarlo? ¿Y si se pellizcaba? Con los únicos dedos disponibles, los de la mano derecha, bajó la mano y se pellizcó con fuerza la piel del muslo. Le dolió. Pero sí soñaba que se pellizcaba a sí mismo, ¿acaso no podía soñar también que le dolía?

Volvió la cabeza y miró hacia la izquierda. No había nada que ver en esa dirección: el pupitre vacío al otro lado del pasillo, el pupitre vacío más allá, la pared, la ventana y el cielo azul a través de la hoja de cristal.

Pero...

Miró al profesor y vio que ahora estaba atento a la pizarra, en la que trazaba símbolos.

—Digamos que  $N$  es igual a infinito conocido —explicaba el profesor— y el símbolo a igual al factor de probabilidad.

A modo de prueba, el Bajito volvió a estirar su mano izquierda hacia el pasillo y la observó atentamente. Pensó que podía asegurarse y se estiró un poco más. La mano ha-

bía desaparecido. Sacudió hacia atrás la muñeca y permaneció sudoroso.

Estaba chalado. Tenía que estar chalado.

De nuevo trató de mover los dedos y sintió que se agitaban satisfactoriamente, tal como debían hacerlo. Aún tenía sensación en ellos, cinética y de otro tipo. Pero... acercó la muñeca al pupitre y no lo sintió. Le colocó de modo tal que su mano, si hubiese estado en el extremo de la muñeca, habría tenido que tocar o atravesar el pupitre, pero no sintió nada.

Estuviera donde estuviese su mano, no era en el extremo de la muñeca. Seguía allí, en el pasillo, al margen de donde dirigiera el brazo. Si se levantaba y salía del aula, ¿su mano aun estaría allí, en el pasillo, invisible? ¿Y si se iba a una distancia de mil quinientos kilómetros? ¿Pero eso era una estupidez? —¿Pero acaso era más estúpido que el hecho de que su brazo estuviera aquí, en el pupitre, y su mano a sesenta centímetros de distancia? La diferencia en estupidez entre sesenta centímetros y mil quinientos kilómetros sólo era de grado. ¿Su mano estaba allí?

Cogió del bolsillo la estilográfica y estiró la mano derecha hasta aproximadamente el punto en el que suponía que ella estaba y, sin duda alguna, sólo sostenía parte de una estilográfica, la mitad. Evitó cuidadosamente estirarse más lejos, pero la levantó y la dejó caer bruscamente. ¡Sintió que tocaba los nudillos faltantes de su mano izquierda! ¡Ya estaba! Se sobresaltó tanto que soltó la estilográfica, que desapareció. No estaba en el suelo del pasillo. No estaba en ninguna parte. Simplemente había desaparecido y se trataba de una buena estilográfica de cinco dólares. ¡Caray! Se preocupaba por una estilográfica cuando su mano izquierda había desaparecido. ¿Qué haría con respecto a eso?

Cerró los ojos y se dijo: «Bajito McCabe, tienes que resolver esto lógicamente y averiguar cómo recuperar tu mano de donde está. No te atrevas a asustarte.

Probablemente estás dormido y sueñas esto, pero quizá no es así y, si no es así, te encuentras en un aprieto. Ahora sé lógico. Allí hay un lugar, un plano o algo, y puedes atravesarlo o poner cosas a través de él, pero no recuperarlas. Al margen de lo que haya al otro lado, ahí está tu mano izquierda. Y tu derecha no sabe lo que hace tu izquierda porque una está aquí y la otra allí y nunca se... Eh, Bajito, corta el rollo. Esto no es divertido».

Pero había algo que podía hacer: averiguar aproximadamente el tamaño y la forma de... lo que fuera. Sobre el pupitre tenía una caja de sujetapapeles. Cogió algunos con la mano derecha y los arrojó al pasillo. Avanzaron quince o veinte centímetros por el pasillo y desaparecieron. No los oyó caer en ningún sitio.

Por el momento, iba bien encaminado. Lanzó uno un poco más abajo y obtuvo el mismo resultado. Se agachó teniendo cuidado de no asomar la cabeza al pasillo, deslizó un sujetapapeles por el suelo y lo vio desaparecer ocho centímetros pasillo afuera. Tiró uno hacia adelante y otro hacia atrás. El plano se extendía, como mínimo, un metro hacia adelante y hacia atrás, aproximadamente paralelo al pasillo. ¿Y hacia arriba? Lanzó un sujetapapeles que trazó un arco a un metro ochenta de altura sobre el pasillo y desapareció.

Arrojó otro, más alto y hacia adelante. Este trazó un arco en el aire y cayó en la cabeza de una muchacha sentada tres asientos más adelante, en el pasillo de al lado. La joven se sobresaltó y se llevó una mano a la cabeza.

—Señor McCabe —dijo seriamente el profesor Dolohan—, ¿puedo preguntarle si esta clase le aburre?

El Bajito dio un salto y respondió:

—S... No, profesor. Sólo estaba...

—Noté que hacía un experimento de balística y de la naturaleza de la parábola. Señor McCabe, una parábola es la curva descrita por un proyectil lanzado al espacio sin más fuerza continua que su impulso inicial y la fuerza de grave-

dad. ¿Puedo continuar ahora con mi curso o prefiere estar delante de la clase para demostrar la naturaleza de la mecánica paraboloide para ilustrar a sus compañeros?

—Lo siento, profesor —respondió el Bajito—. Estaba... Bueno... Quiero decir... que lo siento.

—Gracias, señor McCabe. —Ahora el profesor volvió a ponerse frente a la pizarra—, si permitimos que el símbolo  $b$  represente el grado de no posibilidad, a diferencia de  $c$ ...

El Bajito miró atentamente sus manos —mejor dicho, su mano—, que apoyaba en el regazo. Dirigió la mirada hacia el reloj colgado de la pared, encima de la puerta, y supo que la clase terminaría dentro de cinco minutos. Tenía que hacer algo, y de prisa.

Volvió a mirar hacia el pasillo. No es que allí hubiese algo que ver. Pero sí mucho en qué pensar: media docena de sujetapapeles, su mejor estilográfica y su mano izquierda.

Allí había algo invisible. No podía sentirlo cuando lo tocaba, y objetos como los sujetapapeles no hacían ruido cuando chocaban contra aquello. Y podía atravesarlo en una dirección, pero no en la otra. Podía estirar la mano derecha hacia allí y tocar la izquierda, sin duda alguna, pero después no recuperaría la derecha. Y la clase terminaría muy pronto y...

—Una locura. Solo podía hacer una cosa que tuviese sentido. No había nada al otro lado de ese plano que dañara su mano izquierda, ¿verdad? Bien, entonces, ¿por qué no atravesarlo? Se encontrara donde se encontrase, estaría entero.

Miró al profesor y esperó hasta que éste se volvió para escribir algo en la pizarra.

Entonces, sin detenerse a meditar, sin atreverse a meditarlo, el Bajito se puso de pie en el pasillo.

Las luces se apagaron. O había entrado en la oscuridad.

Ya no podía oír al profesor, pero junto a sus orejas había un zumbido familiar que parecía el de un moscón que trazara círculos en algún lugar cercano, en la oscuridad.

Reunió sus manos y ambas estaban allí; la derecha abrazó a la izquierda. Bueno, se encontrara donde se encontrara, todo él estaba allí. Pero, ¿por qué no podía ver?

Alguien estornudó.

El Bajito se sobresaltó y luego preguntó:

—¿Hay... alguien aquí?

Su voz se estremeció ligeramente, y en ese momento deseó estar realmente dormido y despertar poco después.

—Por supuesto —respondió una voz, bastante aguda y quejumbrosa.

—Eh... ¿Quién?

—¿Qué quiere decir quién? Yo. ¿No puedes ver? No, claro no. Lo había olvidado. ¡Eh, escucha a ese muchacho! ¡Y ellos dicen que nosotros estamos locos! —Se oyó una risa en la oscuridad.

—¿A qué muchacho? —preguntó el Bajito—. ¿Y quién dice que están locos? Escuchen, no compren...

—Este muchacho —dijo la voz—. El profesor. ¿No puedes? No, olvido que no puedes.

De todos modos, no tienes nada que hacer aquí. Pero estoy escuchando al profesor, que explica lo que ocurrió con los saurios.

—¿Los qué?

—Los saurios, estúpido. Los dinosaurios. El muchacho está loco. ¡Y ellos dicen que nosotros lo estamos!

Súbitamente el Bajito McCabe sintió la necesidad, la profunda necesidad, de sentarse.

Tanteó en la oscuridad, sintió la tabla de un pupitre y el asiento vacío y se deslizó en éste.

Luego dijo:

—Señor, esto es chino para mí. ¿Quiénes dicen que están locos quiénes?

—Ellos dicen que nosotros. ¿No lo sabes? Claro, no lo sabes. ¿Quién dejó entrar esa mosca?

—Empecemos por el principio —suplicó el Bajito—. ¿Dónde estoy?

—Vosotros, los normales —musitó la voz petulantemente—. Si se os enfrenta con algo fuera de lo común, empezáis a hacer preguntas... Bueno, espera un momento y te lo diré.

Hazme el favor de aplastar esa mosca.

—No puedo verla. Yo...

—Cállate. Quiero escuchar esto. Para eso he venido. El... caramba, les dice que los dinosaurios se extinguieron por falta de alimentos porque se volvieron demasiado grandes. ¿No es una tontería? Cuanto más grande es una cosa, mayores sus posibilidades de obtener alimento, ¿no? ¡Y la idea de que los herbívoros se murieron de hambre en estos bosques! ¡O de que los carnívoros lo hicieron mientras los herbívoros estaban por allí! Y... Pero, ¿por qué te digo todo esto? Tú eres normal.

—Yo... no entiendo. Si soy normal. ¿Y usted qué es?

La voz emitió una risita.

—Yo soy un loco.

El Bajito McCabe tragó saliva. Aparentemente no había nada que decir. La voz estaba evidentemente en lo cierto al dar esa respuesta.

En primer lugar, si podía oír hacia fuera, el profesor Dolohan estaba hablando sobre el absoluto positivo y esa voz —con lo que estuviera adosado a ella, si es que había algo— había ido a oír hablar de la decadencia de los saurios. Eso no tenía sentido porque el profesor Dolohan era incapaz de distinguir un pterodáctilo borracho de un esferoide achatado por los polos.

Y...

—¡Uy! —exclamó el Bajito, pues algo le había dado un fuerte golpe en el hombro.

—Lo siento —dijo la voz—. Sólo le di un tortazo a esa maldita mosca. Se posó encima de ti. De todos modos, fallé. Espera un minuto hasta que mueva la llave y deje salir al maldito bicho. ¿Tú también quieres salir?

Súbitamente el zumbido cesó. El Bajito dijo: